BUENAS TARDES, GERARDO

Conocí a Gerardo Diego en el año 25. Éramos vecinos, en Gijón, de la misma calle. Nos saludábamos diariamente, pero apenas si nos hablamos dos o tres veces. Él solía ir acompañado del poeta Luis Álvarez Piñer. Era su discípulo declarado. Álvarez Piñer me hablaba con devoción, con desbordada admiración de Gerardo Diego. No creo que el discípulo tuviera un amigo tan atento a oír cosas sobre su maestro. Yo, escuchándole, me enteraba de algunos rasgos personales de Gerardo Diego. Yo leía los versos de Gerardo Diego y de Álvarez Piñer. El creacionismo ejercía una misteriosa seducción. Más intensa por menos clara.

La cercanía de Gerardo Diego fué decisiva en mi inicial formación literaria. En esa edad en que comienza a precisarse la vocación, la proximidad de un maestro provoca escondidas, subterráneas inquietudes. Se crea el primer poso, el de la solera. Un maestro joven opera eficazmente en los jóvenes. A pesar de la distancia. Una distancia dual, de género y de respeto. Yo entonces ensayaba a hacer teatro, y la distancia del género Álvarez Piñer la acortaba con sus cotidianas conversaciones sobre poesía, erizada de ismos.

En aquellos años el descubrimiento estaba en la poesía. El teatro de vanguardia venía de afuera. La novela estaba en sus conocidas fórmulas, y apenas si algunos escritores de la generación imaginaban ensayos de novela deshumanizada. Tampoco la pintura nacional se había soltado el pelo. Era la poesía, decidida, la que marcaba el paso. De la demolición, de la reconstrucción. Y Gerardo Diego estaba en la primera fila del grupo de vanguardia. Para mí era algo así como un banderín que anunciaba al mismo tiempo el escollo y la tierra firme. A uno le habían convencido de que había que sortear el escollo, pero no llegaba a ver dónde estaba la tierra firme. Porque no se trataba de un continente para uso y recreo de la colectividad, sino de una isla para pena y ejercicio de Robinsones. Mas había que tomar partido y solidarizarse. Y uno, por ejemplo del maestro joven, se echó al agua a la conquista de la tierra firme. Mucho escollo entre islotes y alguna que otra isla. Lo del continente... era otro cantar de marinería.

Por los años 30 y 31, encontrándome en Méjico, cambié unas cartas

con Gerardo Diego. Continuaba la distancia. Pero entonces esa distancia era acortada en su lejanía material por el recuerdo de su conducta, de su actitud, de su magisterio literario. Mi admiración por Gerardo Diego había pasado de la etapa de la devoción estimulada por el vecindaje a la más autónoma del reconocimiento de su obra y figura.

Hoy, Gerardo Diego permanece como la gran figura de mi juventud. Es como ese gran hombre que a algunos afortunados les toca en la familia. A mí, Gerardo Diego me tocó muro por medio. No está mal. Casi, casi de la familia. Uno puede sentirse vanidoso.

Cuando volví a España lo saludé en el Café Gijón. Tuve una larga conversación con él. López Anglada, que ignoraba la misteriosa distancia que me unía a Gerardo Diego, intervino en la charla como un intruso, como poeta que no ha tenido nunca una distancia. Y la distancia para un discípulo puede ser categoría tan definitiva como la soledad. En la distancia también se cuece la arcilla de las devociones.

A uno le ha tocado la suerte—no sabría decir si buena o mala—de tener a sus maestros en otras tierras y, a veces, en otros tiempos. Gerardo Diego, el maestro vecino, por una extraña mecánica de mis adhesiones, se me mueve en una órbita excéntrica. Y se aleja y se acerca y siempre está en la distancia. Cuando lo encuentro en las tertulias de Ágora, la distancia no es menor que cuando nos saludábamos hace treinta y cinco años en Gijón.

Hoy, como entonces, Álvarez Piñer me habla de las "cosas" de Gerardo Diego. Y gracias a ellas, a recibirlas por amigo intermediario, se mantiene intacta la distancia. Y el orden continúa inalterable: el maestro, el discípulo y el amigo del discípulo. Alguna vez pensé si podría saltar sobre el amigo y ocupar su puesto de discípulo. Una insensatez, porque yo no soy poeta. Y me costaría mucho trabajo imitar los poemas creacionistas que con tanto talento hace Álvarez Piñer. Es curioso: un prosista no puede declararse discípulo de un poeta. Por lo menos, legítimamente. Sólo se puede ser amigo del discípulo.

Yo escucho a Álvarez Piñer como si me hablara de un maestro lejano. Como cuando charlábamos de Proust o de Joyce... Por este fenómeno de una distancia tan probada y tan ajena a mi voluntad, empiezo a ver a Gerardo Diego en estatua. Es una singular experiencia. Tener al maestro vivo y en estatua.

A esa estatua—hecha a golpes de distancia—, con crecida admiración pero con el mismo respeto con que la saludaba en Gijón, le digo desde estas páginas, a espaldas de Álvarez Piñer:

—Buenas tardes, maestro.

ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO